

Don Juan Nepomuceno Cortina, dirigiendo airado la palabra al preso, le dijo que iba á ser fusilado por traidor. Cobos no daba crédito á lo que oía; pero viendo que la determinacion era cierta, pidió que se le permitiera escribir á su familia. No se le concedió esta gracia; y á las ocho de la mañana del mismo dia 7, se le condujo al sitio en que debía recibir la muerte. Don José María Cobos iba vestido con pantalon, chaleco y levita negros, de paño; camisa de indiana listada, con campo blanco; corbata negra y botinas con punta de charol. Hombre de valor, pero religioso, llegó con entereza, á la vez que con recogimiento, al lugar del suplicio; puesto de rodillas al recibir la orden para hacerlo, dijo á los soldados con voz firme y llevando la mano al corazon: «Peguen ustedes aquí y en la cabeza para que no me hagan padecer.» Estas fueron sus últimas palabras. Una descarga se escuchó en seguida hecha por el piquete encargado de la ejecucion, y cayó al suelo sin vida, quedando tendido boca arriba.

Don Juan Nepomuceno Cortina, puesto así al frente del primer movimiento, puso en libertad al gobernador Don Manuel Ruiz, aunque dejándole sin mando, y llamando en su lugar á Don Jesús de la Serna que habia sido el anterior.

Verificado el fusilamiento de Don José María Cobos y la sustitucion de gobernador, Don Juan Nepomuceno Cortina dirigió, el siguiente dia 8, una comunicacion al presidente Don Benito Juarez, tratando de justificar el pronunciamiento, pidiendo que se levantase el estado de sitio en que se habia declarado á Tamaulipas; protestándole constante lealtad, dándole noticia de haber mandado pa-

sar por las armas á Cobos al ver que se proponia dar un giro funesto al movimiento local, y diciéndole que aprobese, en todas sus partes, la manera con que habia obrado.

1863. En el mismo dia 8 en que daba cuenta á  
 8 Noviembre. D. Benito Juarez de los sucesos de Matamoros, dió un manifiesto al público, en que decia que se creia obligado á explicar prontamente á la nacion lo mismo que al pueblo de Matamoros y á la guarnicion armada de la plaza que se honraba en mandar, el motivo de la ejecucion hecha á las ocho de la mañana del dia anterior en la persona de D. José María Cobos; pero que como ni los momentos ni las ocupaciones del servicio á que preferentemente estaba dedicado el orden y tranquilidad pública de la poblacion, le permitian hacer una relacion difusa de cuanto habia pasado, se limitaba á decir, por entonces, lo mas preciso. En consecuencia solo hizo saber que la guarnicion, convenida en proclamar el levantamiento del estado de sitio, habia elegido á Cobos por caudillo; pero que expidiendo éste una proclama en que no podia dejar de manifestar la tendencia de sus ideas en contra de la carta fundamental de la república y del gobierno legítimamente establecido en virtud de ella; que al ver reveladas sus miras en aquel documento, la indignacion se apoderó de los soldados lo mismo que de él y de todos los liberales, pues estaban dispuestos á sacrificarse en sostén y apoyo de la constitucion de 1857 no menos que del gobierno emanado de ella; y que en este punto las cosas, fué necesario obrar como cumplia á los defensores del expresado código, siendo, por consiguiente fusilado Cobos. «Por lo demás,» terminaba diciendo, «la

»guarnicion, unida al pueblo y al ilustre ayuntamiento  
 »de esta H. ciudad, ha llevado adelante la proclamacion  
 »sobre levantamiento del estado de sitio y demás consi-  
 »guientes, para cambiar la faz del Estado, puramente en  
 »el sentido de que entre el órden constitucional, bajo cuya  
 »enseña todos los ciudadanos y habitantes tendrán las ga-  
 »rantías que les otorgan las leyes, á cuya guarda tengo  
 »consagradas las armas de los fieles militares que me están  
 »subordinados.»

D. Benito Juarez, al recibir la comunicacion de D. Juan Nepomuceno Cortina donde le daba noticia de los acontecimientos y de haber puesto de gobernador á D. Jesús de la Serna, no se manifestó de acuerdo con esa disposicion; y le contestó diciendo que volviese al ejercicio de sus funciones D. Manuel Ruiz. Muy distante estaba del pensamiento de D. Juan Nepomuceno Cortina retroceder del paso que habia dado; y aunque en la comunicacion mencionada le habia dicho á Juarez, «no crea usted, señor, que ja-  
 »más le he de faltar á la obediencia: soy testigo de las crí-  
 »ticas y azarosas circunstancias porque ha atravesado la  
 »nacion, y que usted ha sabido vencer todas las dificulta-  
 »des: tengo fé en usted y creo que solo usted será el único  
 »que pueda salvarnos; esté usted seguro que en mi esfera  
 »en todo le he de ayudar,» (1) á pesar, repito, de estas protestas de adhesion, no obsequió sus órdenes, y la ciu-

(1) Esta comunicacion de Don Juan N. Cortina así como las proclamas de Don José María Cobos y el plan de éste que el primero envió á Don Benito Juarez, los publicó por alcance el *Diario oficial* juarista de 15 de Noviembre de San Luis Potosí.

dad de Matamoros continuó sustraída á la obediencia, privando en consecuencia al gobierno establecido en San Luis, de los considerables productos que en aquella época rendia el puerto.

El gobernador D. Manuel Ruiz, depuesto por los pronunciados, y que habia salido de la ciudad cuando le dejaron en libertad, se puso á reunir gente en Ciudad Victoria para ir á atacarles. Sin embargo, todas las probabilidades de triunfo estaban de parte del nuevo gobernador D. Jesús Serna, que contaba con la aduana y sus fondos para pagar á sus soldados.

Mientras el gobierno de D. Benito Juarez veia, con justo sentimiento, suscitarse discordias locales entre una parte de los hombres de su partido, en uno de los Estados mas importantes, la expedicion franco-mejicana habia salido de la capital para emprender la campaña del interior. La division del general mejicano imperialista D. Tomás Mejía se dirigia hácia Querétaro en union de otra francesa, mientras la del general D. Leonardo Márquez debia salir de Toluca, donde habia sido recibida con entusiasmo, para apoderarse de Morelia. El general D. Miguel Miramon salió tambien pocos dias despues de la capital para el interior con objeto de formar una nueva division del ejército franco-mejicano, para lo cual llevaba el cuadro de oficiales. Una division juarista de cuatro mil hombres que se hallaba en San Juan del Rio, se retiró al aproximarse á la poblacion el general D. Tomás Mejía, que iba á la vanguardia. Continuando los imperialistas la marcha, recibió el expresado general Mejía, en el camino del Sauz, el dia 16 de Noviembre, un oficio del prefecto interino de

Querétaro, en que le decia, que las tropas republicanas habian abandonado la plaza á las tres de la madrugada, retirándose para Celaya, y que, encontrándose la ciudad sin custodia para su seguridad, le suplicaba que hiciese avanzar una fuerza suficiente para librar á la poblacion de todo peligro. D. Tomás Mejía trasmitió inmediatamente al general francés Duai el expresado parte, y conviniendo en que era de urgente necesidad que Mejía ocupase con sus tropas á Querétaro lo mas pronto posible, le dió orden para que así lo verificase, y al mismo tiempo ordenó al coronel francés Margaritte, para que con la columna de su mando avanzase hasta la hacienda del Sauz, á fin de auxiliar, en caso necesario, á la division mejicana, encargada de tomar posesion de la ciudad. Las tropas del general Mejía partieron á media noche de la hacienda del Sauz, que dista nueve leguas de Querétaro, y á las nueve de la mañana del siguiente dia 17 efectuó la ocupacion de la plaza entre las mas entusiastas aclamaciones del pueblo, que manifestaba su completa adhesion á la intervencion y al imperio. «Nunca se habia visto,» decia en una carta un testigo ocular, «mayor reunion de pueblo ni demostraciones mas sinceras de regocijo. Las aclamaciones que poblaban el aire no eran sino expresion de un solo sentimiento, el de la libertad, y de una sola esperanza, la de un porvenir dichoso. Aun me siento conmovido del espectáculo de esta mañana.» En otra carta, de las muchas que se escribieron pintando la brillante recepcion hecha al general Mejía y á sus tropas, se leia: «No «acierto á describir la entrada del general Mejía á ésta, «porque es indescribible: el entusiasmo rayaba en delirio;

«es lo mas que puedo decir. En este momento que escribo «(siete y media de la noche) está haciéndose una solemne «procesion del Divinísimo: la comitiva es de mas de ocho «cientas señoras, todas con cirios encendidos, y la gente «hace olas en las calles; es mas el movimiento que el que «vimos en Méjico el dia de la octava de Córpus, no obstante que fué mucho.»

1863. No debe extrañar á nadie este entusiasmo  
 Noviembre. de la generalidad, porque habia sufrido males sin cuento en las continuas revoluciones verificadas por espacio de cuarenta años, por los hombres políticos que se habian disputado el mando, sin que ninguno de ellos, al subir al poder hubiese conseguido dar á los pueblos el bienestar que anhelaban. La mayoría de los habitantes estaba ansiosa de paz, de seguridad: no pertenecia, por decirlo así, á ningun partido de los que habian combatido hasta entonces para alcanzar la direccion de la cosa pública, porque ninguno de ellos habia cumplido jamás, al tener en sus manos las riendas del Estado, con las seductoras promesas hechas en sus bien escritos programas. Las diversas clases de la sociedad, que habian perdido la fé en los hombres políticos del país á fuerza de ver defraudadas las esperanzas concebidas en cada nuevo gobierno, creyeron ver el bien futuro y el remedio á los males producidos hasta entonces por las revoluciones, en la intervencion y el imperio. Las protestas de la primera, asegurando que no tenia otras miras que la de sostener al gobierno que eligiesen los pueblos en tanto que se consolidaba, y la idea elevada que se habia llegado á formar la sociedad del sistema monárquico, no solo por la constante paz que el país

disfrutó durante los trescientos años en que fué colonia de España, sino por lo mucho que la prensa conservadora habia escrito en favor del sistema, llenaron de esperanza á los pueblos, y acogieron el nuevo orden de cosas con el entusiasmo que inspira la fé de un porvenir de paz inalterable.

En el mismo dia de la entrada, fué nombrado prefecto político del departamento, Don Desiderio Samaniego, persona muy apreciada en la sociedad queretana, que habia estado por seis años ausente de la poblacion. En la proclama que dió en el acto de entrar á desempeñar su cargo público, decia á los habitantes: «Os traigo el lábaro precioso que empuñó en sus manos el inmortal Iturbide, cuando emancipó á nuestra querida patria; sus garantías, os lo juro, no serán ilusorias; y vosotros, como lo espero, me ayudareis á hacerlas efectivas. Union, fraternidad no mentida, olvido absoluto de todas las enemistades; todos somos hermanos; por tanto, nada de venganzas, nada de pasiones viles; libertad bien entendida, garantías para todos, y severidad solo para aquellos que intenten trastornar el orden público. Yo os conozco, queretanos, y estoy cierto que con ninguno tendré que ejercer actos severos.»

Aun duraban, cuatro dias despues de la entrada del general Don Tomás Mejía y de su division, los festejos en Querétaro, con el entusiasmo del primer dia.

Las tropas juaristas que hasta la llegada de las imperialistas habian estado en la ciudad, se situaron, despues de retirarse, en diversos puntos: cuatrocientos ginetes en Obrajuelo, á cuatro leguas de Querétaro, mil infantes en

Apaseo, nueve leguas y media distante de la expresada ciudad, y dos mil en Celaya, al mando del general Echeagaray, y cuya poblacion está á doce leguas y media de Querétaro. Además de estas fuerzas republicanas, se hallaban otras por el mismo rumbo bajo las órdenes de jefes entendidos y altamente adictos á la causa liberal. Estos jefes eran el general Don Luis Ghilardi que se situó en Coachití, á cuatro leguas de Querétaro, con un cuerpo de vanguardia; el general D. José Lopez Uraga que estaba con cuatro mil hombres en Celaya, y diversas partidas destinadas á lanzarse sobre los convoyes. Don Manuel Doblado, con fuerzas respetables continuaba en Guanajuato.

Por su parte las divisiones imperialistas que se dirigian á distintos puntos, continuaban su marcha. El general en jefe Bazaine que salió de Méjico el 12 de Noviembre, se reunió en Acámbaro el 27 con toda la primera division, mandada por el general Castagny, y con la division Márquez. La marcha la hicieron las fuerzas franco-mejicanas sin encontrar obstáculo en ella. El general en jefe Bazaine, siguiendo el plan de campaña que habia concebido, hizo que la brigada francesa que mandaba Berthier y la

1863. division mejicana que estaba á las órdenes  
Noviembre. del general D. Leonardo Márquez, se dirigiesen hácia Morelia, quedando él en Acámbaro.

En cuanto el general juarista Don Felipe Berriozabal, que era el gobernador y comandante general de Morelia, tuvo noticia de que los imperialistas habian salido de Acámbaro con direccion á donde él se hallaba, resolvió abandonar la poblacion, no creyéndose con suficientes fuerzas para esperarles. Morelia es una ciudad agradable,

de veinticinco mil almas, y capital de Michoacan, rico Estado que tiene mil setecientas cincuenta leguas de superficie, con 417,378 habitantes, y que confina, al Norte, con los departamentos de Querétaro y Guanajuato, estando separado de ellas por el rio Lerma: al Este, con el departamento de Toluca: al Sur, con el de Acapulco, divididos por el cauce del rio Mexcala; y al Oeste, por el departamento de Tancítaro, marcando el límite entre ambos el rio de Zacapú, desde el sitio en que se une al rio de Lerma hasta su nacimiento, una línea recta que une este con el principio del rio de Uruapan, hasta su reunion con el Mexcala.

Sin embargo, aunque Estado de grandes elementos, sus habitantes habian visto menguar considerablemente sus fortunas á consecuencia de las prolongadas guerras civiles que habia sufrido la nacion, y de los considerables empréstitos que en diversas épocas se les habian impuesto. El general juarista Don Felipe Berriozabal, hombre de finas maneras, justo, y dotado de nobles sentimientos, comprendiendo el estado de paralización en que estaba el comercio, así como todos los demás giros, necesitando recursos pecuniarios para evacuar la ciudad con sus tropas llevando todo el material de guerra, pero procurando ser lo menos gravoso á los habitantes, reunió una junta de seis personas, cuya posicion social era de las mas ventajosas. Reunidos en su alojamiento los individuos, les hizo presente, de la manera mas cortés, que tenia necesidad de diez mil duros para la salida de sus tropas, y que no queria imponer un préstamo á la poblacion, porque deseaba no dejar de sí recuerdos desagradables en ninguna parte.

Manifestado este noble deseo, les propuso que le proporcionaran aquella cantidad, que les pagaria con vales ó pagarés que les enseñó, y al mismo tiempo les ofreció que permanecería en la ciudad hasta la última hora, para evitar desórdenes, no saliendo hasta que las tropas imperialistas empezaran á aproximarse á la ciudad. Obsequiado su deseo por los individuos á quienes habia reunido, en los dias 27, 28 y 29 hizo salir tropas, empleados y archivos, con direccion á Uruapan, y el 30, á las diez y media de la mañana salió él de Morelia, habiendo prohibido antes, por medio de un decreto bastante severo, que se hicieran manifestaciones de regocijo á la entrada de las tropas francesas. Dos horas despues, esto es, á las doce y media entró en la ciudad la avanzada ó primera fraccion de tropas del general Don Leonardo Márquez. Desde esa hora á las cuatro de la tarde en que entró el resto de las fuerzas de Márquez y las francesas, estuvieron entrando á sus conventos las religiosas que, por decreto de D. Benito Juarez, estaban fuera de ellos; y estando ya dentro, se empezaron á dar los toques de campana que tambien se habian prohibido. No obstante el severo decreto dado por el jefe juarista al dejar la ciudad, manifestando que serian castigados en su dia los que hiciesen demostraciones de regocijo á la entrada de los imperialistas, fueron recibidos éstos con un prolongado repique en catedral. Sin embargo, preciso es confesar que la recepcion estuvo muy lejos de tener el colorido entusiasta de las verificadas en San Juan del Rio, Querétaro y en todos los demás puntos. Un corresponsal del periódico *La Sociedad* atribuia la menor expansion de los morelianos á que, «teniendo una gran